

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
30 " " " " " 1 pta. " "	
100 " " " " " 5 " " "	
500 " " " " " 25 " " "	
1000 " " " " " 50 " " "	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Uter de EL AMIGO DEL POBRE — Gijón.

El testamento

Cuando D. Nicolás Mundillo, después de largos años, volvió de América a su pueblo natal, era ya un señor de más que respetable edad.

Había gastado el hermoso caudal de su juventud entre la disipación y el ocio; había evaporado como ligera nubecilla de humo la bonita herencia que de sus buenos padres recibiera, en continuos derroches, y quebrantando su salud de una manera lamentable.

Así fué que, cuando el pobre hombre meditó en el sombrío cuadro de sus postrimerias y recordó el azulado y diáfano cielo de su pueblo andaluz, deseó con ansias verdaderas volver a respirar las aromadas brisas y los aires purísimos que le arrullaron al nacer, lamentando tardíamente no haber empleado de mejor manera su tiempo en América, donde en varias ocasiones siempre que lo solicitó, había encontrado cariñosa protección.

Una tarde que paseaba por las cercanías del Machuelo, oyó a un marinero andaluz este triste cantar:

Yo me ausenté de mi patria
¡qué dolor de patria mía!
¿dónde está mejor el árbol
que en la tierra en que se cría?

Esto aumentó las tristezas de Mundillo; le hizo llorar como a un niño pequeño, y le decidió completamente a volver cuanto antes a España.

¡Volver! ¡Eso hubiera querido él!
¡Necesitaba para ello un puñado de pesos y no los tenía!

Aquella noche no pudo dormir, y bajo sus párpados cerrados veía pasar una y otra vez, entre los mil recuerdos de sus floridos años, la casa paterna con sus paredes brillantes en fuerza de blanquísima cal y bañada de sol por los cuatro costados.

Creía mirar de nuevo los frescos arriates, cuajaditos de clavellinas y complicadas guirnalderas, con cien y cien preciosas flores.

¡Ah! ¡Cómo recordaba y aún le parecía oír la confusa algarabía al caer de las tardecitas de Abril y Mayo, el alegre vocerío de los muchachos que jugaban en los corrales de la vecindad y hasta el pregón de aquel vendedor ambulante del barrio con sus azofaifas, acerolas y pepitas «tostáas!»

¿Y la graciosa Manolita? ¿Qué habrá sido de ella?

Manolita era la última criada que él conoció en la casa de sus padres.

¡Buena era la Manoliya! Cuando soltaba el escobón o el plumete empezaba con el «rengue rengue» de sus palillos, bailando sevillanas o pateando el tango, que ella mis-

ma cantaba para olvidar el remordimiento de la sisa diaria en el mercado. ¡Y qué ordinaria y gansota era la Manoliya!

La magnífica alborada de aquel día encontró a Mundillo dando vueltas entre las sábanas, sin haber dormido un solo instante. Se incorporó y alcanzó un diario, buscando la sección de avisos marítimos, leyó en ella la salida de un buque español para dentro de dos días.

En un momento le pareció recobrar la juventud y la salud perdidas. Realizó el modesto ajuar de su pieza; vendió, como aquel que dice, hasta la camisa, recurrió a los buenos oficios de algún amigo, que siempre los hay, y le pareció como artes de magia, el verse dentro de la nave y en derrotero a Europa.

¡Qué felicidad!

El buscará a la Manoliya, y ésta en reconocimiento a las muchas dádivas de sus antiguos patronos, si era agradecida y como Dios manda, lo pagaría con creces y de moneda de buena ley.

Durante la travesía el infeliz Mundillo sufrió una enfermedad que le llevó a las puertas de la muerte. Sanó al fin; pero aquel contratiempo le hizo dar en tierra con su reducido capital; cuando llegó a pisar el suelo español, apenas si podía dar un paso, según lo quebrantado y débil que se hallaba su extenuado cuerpo.

Después... ¡Pobre Mundillo! no poseía un solo centavo, y el baúl llegaba a tierra, anémico de ropa. Sólo unos cuantos guñapos campaban por sus respetos en el fondo inmenso de aquel baúl.

Don Nicolás Mundillo se hizo conducir a casa de la Manoliya, y halló a ésta convertida en tosca matrona, dueña y propietaria de una pequeña tienda de comestibles, puesta mitad de sus ahorros legales y mitad de la sisa diaria en el mercado.

Al presentarse Mundillo ante la vanidosa tendera, ésta le puso hocico; plegó la frente al reparar en la catadura miserable de su antiguo patroncito, y se dijo para su corpiño:

—¿A qué vendrá a mi casa este pelafustán?

Don Nicolás leyó en el pensamiento de Manoliya! ¡Ah, ingrata! ¡Yo castigaré tu ingratitud!

Y dejando a un lado los aires de lastimado pediguño, gritó, con los brazos abiertos:

—¡Ven acá, insigne Manoliya! ¡Qué guapa! Me conociste al momento ¿eh? Pues sí: yo soy. Aquí me tienes disfrazado de pordioso Pero... no te fíes, ni juzgues por las apariencias. ¡Vengo riquísimo de las Indias! Este traje miserable es una coraza contra los ataques y sablazos de mis paisanos. Viviendo así disfrazado sabré quién me quiere aún, ¿te enteras, Manoliya? ¡Ah! ¡Mucho cuidado con mi baúl! Quiero un sitio

seguro para mi baúl ¿sabes, Manoliya? Un sitio seguro, porque dentro está toda mi fortuna; no te miento; te lo juro.

Aquí estoy, pues; y si me cuidas con esmero y gracia, tuyo será... cuanto mi baúl encierra.

Manoliya suspiró fuerte y no sabía qué hacer ni cómo conducir a Mundillo hasta su propia alcoba sin que sufriera desperfecto.

Temía que se le deshiciera en el camino.

Le acostó con mimo en su propio lecho, quedando para ella unas mantas morunas y bastas sobre el suelo nada blando.

Más por codicia que por cariño, se dedicó Manolilla a cuidar su huésped con solícitas manifestaciones de interés.

—¡Pero aquí fué ella! ¡Caldo al dormir! ¡Leche a todas horas! A cada momento había de tener don Nicolás el pico abierto para tomar alimentos.

¡Y qué alimentos, Dios mío! Lo mejor y lo más sabroso de la pequeña tienda se lo entregaba bonitamente D. Nicolás Mundillo, el Indiano, como le llamaban por allí.

¡Y D. Nicolás Mundillo se ponía peor con tales cuidados!

¡Y la insigne Manoliya se deshacía!

¡Y gelatina de pavo por acá, y pollo dorado por allá, una copita de buen vino jerezano por acullá!... ¡nada! ¡El infeliz D. Nicolás se moría! ¡El Indiano «¡haba el petate!»

El tiempo pasaba y la codiciosa Manolita empezó a mirar el baúl de don Nicolás, con cierta prevención, hasta que un día llegó a recelar y pensó:

¿Me estará engañando como a una negra el Indiano?

Y era que, maliciosa y desconfiada de suyo, la tendera había movido el baúl de alto abajo por si acaso podía escuchar el alegre tintineo del oro, y nada oyó que se le pareciese siquiera.

Interrogó discretamente a D. Nicolás y éste le juró que el baúl encerraba una fortuna, y que cuando él muriese, todo sería suyo. ¡Cómo agrandaría el negocio de comestibles, la pícara!

Otra vez confió la Manolilla, y no perdonó gasto, hasta arruinarse, o poco menos.

¡Y el infeliz D. Nicolás se moría!

Vuelta a las tapiocas y peptonas, dale con los revalentes y extractos de carne, mé-tale (como él decía) a la gelatina de pavo y a las copitas de vino jerezano.

¡Y el pobre D. Nicolás se moría!

A pesar de tan soberbios alimentos y cuidados, D. Nicolás Mundillo se murió como un arpa vieja. Manoliya mandó hacer rica mortaja y suntuosas exequias. ¿Cómo no? ¿Y el baúl de marras? De allí saldrían aquellas misas.

La buena mujer se empeñó hasta las cejas, y todo quedó a pagarse a la apertura del testamento, que se hallaba en el dicho baúl.

El momento solemne llegó y al abrir aquella arca santa, sólo se halló, sobre un mon-

tón de trapos, nada limpios, un pedazo de papel y en él escritas estas palabras:

MI ALMA PARA EL SEÑOR,
MI CUERPO PARA LA TIERRA;
EL BAÚL CON LOS GUILNAPOS
PARA LA INSIGNE MANUELA.

ROBERTO BUENO

Tanto como nos satisface un alta de suscripción nos apena una baja y no es por lo que signifiquen dos reales o una peseta más o menos, sino porque ello quiere decir un refuerzo más en nuestras filas de combate contra el mal, una simpatía, un estímulo más, mientras la baja es para nosotros un propagandista menos, un amigo que nos deja, y esto es triste muy triste...

Un pobre cura

Al oscurecer de un apacible día de verano paseaban juntos por uno de los jardines públicos de Roma dos alegres estudiantes, ligeros de cascos y no muy refrenados de lengua.

Después de haber vagado a la ventura por varias alamedas, sentáronse a fumar sendos cigarros en un banco rústico, donde también descansaba un sacerdote rezando en su viejo breviario.

El sacerdote era ya ancianito, llevaba la vestimenta bastante raída, los grandes zapatos muy gastados, y sin ser propiamente desaseo, tenía en toda su persona un sello de descuido negligente, muy propio de quien pensaba más en las cosas del espíritu que en las pertenecientes a la deleznable materia.

Nuestros jóvenes creyeron que tenían al lado algún pobre cura de aldea, corto de alcances y apocado de voluntad, y con mala intención decidieron pasar un rato divertido a costa del buen sacerdote.

Comenzaba entonces a adornarse el cielo con las primeras estrellas de la noche, las cuales refulgían con pálida luz en el fondo arrebolado del firmamento.

Uno de los jóvenes dirigiéndose al cura le dijo:

—¡Eh! ¿Qué le parece a V. este espectáculo, señor cura?

—Admirable, magnífico—contestó el interpelado;—magnífico como todas las obras de Dios. *Coeli enarrant gloriam Dei.*

—¡Oh! Pues si V. supiera lo que son las estrellas... entonces sí que se quedaría asombrado de veras.

—Ciertamente—contestó con profunda humildad el sacerdote;—cuanto más se ahonda en el conocimiento de las cosas, más y más se admira la eterna sabiduría de Dios.

—Pues, sí, señor—dijo el otro mozo;—la ciencia moderna ha hecho grandes descubrimientos... y no crea usted que ahora nos tragamos las paparruchas que antes nos decían los Curas y los jesuitas... por que el mundo marcha, como ha dicho Pelletán, y han pasado de moda la teocracia y el oscurantismo.

—Pues miren ustedes, jóvenes—dijo el Cura;—yo creía que la Iglesia siempre había sido protectora de las ciencias y que en la clase a que indignamente pertenezco abundaban los sabios de todo linaje; pero, en fin, cuando ustedes dicen lo contrario, bien sabido se lo tendrán.... Con que vamos a ver, cuéntenme. cuéntenme lo que dice la ciencia moderna en orden a estas maravillas celestes que nos asombran.

—En primer lugar, dice que todo esto que vemos no lo ha creado Dios de la nada, como dicen los neos, sino que se ha producido por una constante evolución de la materia eterna.

—Muy bien, muy bien, replicó el Cura;—antaño creíamos que nadie se puede crear a sí mismo, y que lo corruptible y compuesto no puede ser eterno, pero cuando ustedes que saben tanto dicen lo contrario... ¿Y qué más?

—Y que esos astros no son estrellas de hojalatas elevadas en el cielo, sino mundos como el nuestro, con sus habitantes y todo.

—¡Andante, majo! Y yo creía que efectivamente eran unas estrellitas de plata clavadas en una bóveda de cristal azul... Pero ¡cuánto se aprende hablando con estos sabios!

Siga V., joven, siga V.

El más audaz de los dos mozalbetes, volviéndose hacia su compañero, le dijo a media voz:

—Chico, ¿sabes que creo que este Cura se está burlando de nosotros? Pero ahora verás cómo nosotros nos burlamos de él.

—Pues, sí, señor—dijo;—ustedes los católicos, como no estudian más que esos latines que para nada sirven, no saben una palabra de ciencias positivas, que son las únicas ciencias, e ignoran el intermedio de la hipotenusa con la parábola del pericardio.

—Estoy asombrado de oírle a V. y comprendo que, efectivamente, nosotros los amigos del latín no sabemos ni jota de eso que acaba V. de decir.

En esto comenzaron a repicar las campanas de una iglesia vecina, llamando a la oración a los creyentes.

El sacerdote se puso en pie, rezó el *Angelus Domini* y luego dirigiéndose a aquellos majaderos, les dijo:

—Siento mucho que se haga tarde para mí y que esta circunstancia me prive del placer de oír a ustedes disertar sobre esa hipotenusa y ese pericardio.

Pero ya nos veremos otro día y seguirán ustedes ilustrándome en la ciencia moderna.

Si en algo puedo servirles... yo me llamo Angel Secchi, soy jesuita y en la residencia tienen ustedes su casa.

**

Aquel pobre cura era en efecto el P. Secchi; el gran astrónomo cuyos descubrimientos y estudios han sido y son la admiración de los sabios de todo el mundo.

Los jóvenes quedáronse estupefactos y corridos; en aquel momento hubieran querido que la tierra se abriese y los tragase: muertos de vergüenza balbucieron una tonta disculpa, y se apresuraron a huir de aquel lugar, temerosos de que el Padre Secchi se burlase de ellos.

A. L. N.

Dícennos algunos que el reparto gratuito de nuestros números por las calles de esta villa, como lo hacíamos al principio, era un gran medio de propaganda. Efectivamente, pero es que entonces muchos suscriptores sólo deseaban un número, dejándonos los demás para esta distribución y hoy nos los piden casi todos para sus atenciones y como de hacer nosotros este reparto por nuestra cuenta, supondrían cientos de más en la tirada corriente y el pago al repartidor callejero, nuestra «caja de fondos» se niega a tales esplendideces. Es muy dura y no entiende de dar más de lo que tiene.

Si alguien quiere darse por advertido, nosotros siempre somos los mismos.

QUE SE SEPA

Las agencias informativas de Roma han enviado en estos días reseñas telegráficas del Congreso que acaban de celebrar en Milán las logias masónicas. Según dicha información, la asamblea trató del actual momento relacionado con la guerra europea.

En la convocatoria se decía que de la sangre que se derrama sobre Europa debe surgir el triunfo de la nueva Era Libre que derrumbará los altares y los tronos.

En la reunión se adoptaron los siguientes acuerdos:

Recomendar a todos los masones, especialmente a los periodistas, para que influyan en la opinión en sentido anglófilo y francófilo.

Trabajar para hacer salir a Italia y España de la neutralidad, organizando para ello manifestaciones populares.

Hablar lo menos posible de Rusia. Por lo tanto, según estos acuerdos, la masonería estará al lado de los aliados y hará todo lo posible porque éstos triunfen.

L' Osservatore Romano reproduce estos acuerdos y los comenta haciendo resaltar el verdadero espíritu y tendencias de la masonería.

Si la masonería está decididamente de parte de los aliados, ¿quién extrañará que haya católicos de parte de los alemanes?

EL KAISER POETA

Con gusto insertamos la hermosa traducción de unos versos del Kaiser, personaje de trágica actualidad en los momentos presentes.

I
De los montes en las cumbres
encrespadas

se alzan torres polvorientas,
se alzan torres solitarias,
donde viven silenciosas
las campanas,
las campanas que, colgando
como flores agostadas,
nunca, nunca se movieron
en sus viejas atalayas
con el empuje robusto
que presta la estirpe humana,
mudas, silenciosas, cuelgan
en las noches argentadas
y bajo cielos serenos

y en la calma
de las horas apacibles,
llenas de dulce bonanza.
Mas cuando el cielo se nubla
cuando braman
los furiosos vendabales,
cuando la tormenta estalla,
cuando el trueno tabletea
y el horizonte se inflama,
en la cumbre de los montes,
en las torres solitarias,
empujadas por el viento,
suenan tristes las campanas,
y hallan eco sus gemidos
en el valle y la montaña.

II

Dios, con bondad infinita,
dulce y santa,
en todos los corazones
puso siempre una campana;
y en esas horas felices,
sesegadas,
en que la vida se alegra
como la risa del alba,
la campana no se agita
y está muda la campana;
mas cuando sopla iracundo
el viento de la desgracia,
cuando la angustia opresora
rompe en torrente de lágrimas,
también en los corazones,
igual que en las atalayas,
llora triste, llora triste
la campana.

Y ante la muerte que llega,
y ante la mustia esperanza
todas las manos se juntan,
y a impulsos de nobles ansias,
todos doblan las rodillas,
todos alzan las miradas,
y al entreabrirse los labios
sedientos de paz y calma,
vibra la campana triste:
¡La plegaria!

GUILLERMO II.

SECCIÓN AGRICOLA

Agricultores, ¿os falta dinero?

¿Tenéis dinero que os sobre?

Agricultores: habéis vendido vino, granos, frutas u otro producto agrícola? ¿Os encontráis con algún dinero que de momento no necesitáis? Si lo pensáis bien,—y ahora vamos a pensarlo juntos,— con este dinero que de momento no necesitáis, podéis hacer tres cosas.

Primera cosa que podéis hacer: guardarlo

Si tenéis dinero que de momento no necesitáis, una de las cosas que podéis hacer es ponerlo en un cajón, guardarlo en el armario o en la cómoda, para irlo gastando cuando lo necesitáis. Evidentemente, esta es una de las cosas que podéis hacer con vuestro

dinero; tenéis el peligro de que os roben, tenéis el inconveniente de que vuestro dinero no os produce nada, pero, en cambio, sabéis que está allí, a vuestra mano, para cuando lo necesitáis. Pero como vuestro dinero, puesto en un rincón, en un armario, en una cómoda no gana nada, no os trabaja, no os produce ningún interés, llegará un día que se acabará sin haberos producido nada a vosotros, sin haberos servido de nada a vosotros ni a los demás.

Segunda cosa que podéis hacer: colocarlo en valores

¿Qué más podéis hacer con vuestro dinero? Podéis comprar valores públicos, papel del Estado, acciones u obligaciones, etc. El dinero así colocado os dará el 3 por 100, el 4 por 100, y aun cuando os lo prometan bien pocas veces os dará más. Pero al hacer esto, al comprar valores, entregáis vuestro dinero, vuestros ahorros, el fruto de vuestro trabajo, a personas que ni siquiera conocéis; ponéis vuestro dinero en negocios que vosotros ignoráis, y que pueden ir muy bien (y entonces os darán el 3 por 100, el 4 por 100), o muy mal, entonces con una suspensión de pagos, os hacen perder todo lo que teníais.

Y además de este inconveniente, de estas faltas de seguridad que tienen todos los valores, mayormente para los que no entienden mucho en el asunto, al colocar en valores vuestro dinero os presenta otro inconveniente: que el día que queráis hacer efectivo vuestro dinero, que el día que no queráis láminas ni papeles, sino dinero, os podéis encontrar con mucha dificultad para vender, os podéis encontrar en manos de algún intermediario que abuse de vosotros, y el día menos pensado, de resultas de una suspensión de pagos, os podéis encontrar con los bolsillos vacíos.

Pues bien; si no es bueno que guardéis en un rincón vuestro dinero porque no os produce nada, y tampoco es bueno que lo coloquéis en valores porque aun cuando así os gane, lo exponéis demasiado, ¿qué podéis hacer con el dinero que os sobre o que de momento no necesitáis? Vais a verlo.

Tercera cosa que podéis hacer

Esta tercera cosa que podéis hacer con vuestro dinero no os ofrece ninguna dificultad, ningún peligro, ningún inconveniente, y, en cambio, tiene todas las ventajas, todas las garantías, todas las facilidades. ¿Cuál es? Pues colocar el dinero que tengáis en la Caja Rural del Sindicato de vuestra población, si en ella hay Sindicato y Caja Rural.

Vuestro dinero puesto en la Caja Rural

os da el 3 por 100 anual; de manera que cien pesetas al cabo de un año, se convierten en 103, y al cabo de dos años en 106'09, y al cabo de tres en 109'18, y así sucesivamente.

No está expuesto el dinero a las altas y bajas de los valores si vuestra Caja Rural está debidamente organizada.

Vuestro dinero lo podéis retirar cuando queráis.

Vuestro dinero nadie os lo puede robar.

Vuestro dinero no puede ser afectado por ninguna suspensión de pagos, porque en las sociedades cooperativas de ahorro no se hacen negocios, no se exponen los capitales, y tienen fondos de reserva.

Vuestro dinero no se puede perder.

Vuestro dinero está colocado de la mejor manera posible.

MAXVER

(De El Social).

¿Eres gerente de alguna industria?... ¿Jefe de taller?... ¿Maestro?... ¿Tienes a tu cargo personal más o menos numeroso?... ¡Ah, qué obra más hermosa de propaganda católico-social puedes hacer con el buen periódico! Quizás a ti deban su felicidad por este medio muchas familias.

EL GRAN PATRIOTA (?)

ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

JUZGADOS MILITARES

Sevilla

Don Francisco Pintado y Delgado,
Capitán Ayudante, Fiscal del 2.º
batallón del tercer Regimiento de
Zapadores-Minadores:

En uso de las facultades que las Ordenanzas generales del Ejército me conceden como Fiscal de las sumarias instruídas contra el cabo primero don Alejandro Lerroux García por el delito de deserción, por este primer edicto, cito, llamo y emplazo al referido cabo para que en el término de treinta días, a contar desde la publicación de este edicto, comparezca en esta Fiscalía a responder de los cargos que le resultan; pues de no verificarlo se le seguirá la causa en rebeldía y será juzgado por el Consejo de guerra competente.

Y para que este edicto tenga la debida publicidad se inserta en la Gaceta de Madrid y en el Boletín Oficial de la provincia de Oviedo.

Dado en Sevilla a 16 de Diciembre de 1884.—Francisco Pintado.

Esta noticia ya la han publicado muchos periódicos.

Pero no la ha dado ninguno de la izquierda.

Ni casi se ha enterado el pueblo. Y es conveniente que se entere.

Y sepa quién es Lerroux y todos los que, como éste, le llevan por mal camino.

Que Lerroux no ha cambiado desde el año 84.

Sigue siendo un desertor del orden, y de la justicia y de la Patria.

Que se enteren todos de quiénes son estos redentores.....

¡Desagradecimiento!

—Paco, me has dicho que te marchas de la fábrica. ¿Es cierto?

—Sí, señor; pensaba decirlo hoy a la hora de cobrar.

—Necesito oírtelo para creerlo. Yo te conceptuaba como un buen operario, pero también como un hombre agradecido. Desde hoy, sólo como buen operario puedo apreciarte.

—¿Por qué, señor?

—¿No es cierto que te daba un real más de salario que a tus compañeros sin que ellos lo supiesen?

—¡Exacto!

—¿No es cierto que te daba la ropa mía a medio uso para tí y tus pequeños?

—No lo niego.

—¿No es verdad que siempre que tu mujer te regalaba un nuevo heredero, de mi casa iba la canastilla, de mi gallinero salía más de una pieza

para ella, y de mi despensa el chocolate, el tocino, el jamón, y otras muchas cosas que no necesito recordar?

—Muy cierto, y por ello mi agradecimiento a usted no tiene límites.

—Pues, francamente, no lo veo. Cuando más apura la pesca, te despidas, sabiendo, como sabes, que no me será fácil hallarte sustituto.

—Yo contesto a sus preguntas. ¿Me permite usted que, con respeto, pero claramente, le formule algunas?

—Con mucho gusto.

—¿Es cierto que tengo esposa y ocho hijos, el mayor de doce años?

—No lo niego.

—¿Es cierto que tan sólo sobre mis hombros pesa el cargo de sostener a mi familia, no pudiendo mi mujer ayudarme económicamente por su debilidad y porque la educación y cuidado de los hijos se lo impide?

—Sin duda.

—¿Es una realidad la afección a la vista que padece mi hija mayor desde hace tres años y fueron realidades los cuatro viajes, con sus tres meses de estancia a Santiago?

—Muy cierto.

—¿Es exacto que pago a usted 15 pesetas mensuales por el alquiler de la casa en que vivo; que la libra de carne con hueso cuesta 90 céntimos; que el kilogramo de pan lo hacen pagar a 50 céntimos; que el pescado está más caro que la carne, y el precio de los demás comestibles está tan caro como en Vigo?

—Sí, por desgracia.

—Pues bien, ponga la mano sobre

su corazón y dígame: aun contando con los inapreciables auxilios que usted me prestó y me presta, ¿puedo sostener a mi familia con nueve reales al día, descontando aún domingos y días de fiesta?

—Entonces ¿cómo viven los demás?

—No pregunte usted cómo viven, sino cómo mal viven.

—Pues mire usted... Viven mandando a sus mujeres a trabajar a las fábricas o a mendigar a la aldea; metiendo sus hijos en los talleres a la edad de ocho y nueve años, y teniendo los pequeños tirados en medio del arroyo. Yo tengo un concepto muy alto de la misión y de los deberes del marido y del padre: sé que tengo que dar cuenta a Dios del rumbo que dé a mi familia, de la educación proporcionada a mis hijos. Por eso no puedo mandar a mi mujer fuera de casa, ni convertir a los angelitos que el Señor me confió en carne de presidio ni en demonios.

—Todo es muy cierto y te honra cuanto has dicho; pero reconocerás que tal como está hoy el negocio no puedo dar más jornal. Te ayudé cuanto me fué posible, no puedo más.

—Perdone usted, ¿quiere citarme una industria local que atraviese una crisis tan honda como la construcción? Pues los canteros ganan 16 reales al día y los carpinteros tan sólo siete u ocho. ¿A qué se debe?

—Hombre, no sé.

—Pero lo sé yo, y se lo voy a decir. Los canteros se asociaron: cuando formaron la colectividad ganaban tanto como los carpinteros; hoy ganan do-

ble: se hicieron fuertes con la unión, y hoy son los únicos obreros que pueden vivir. Nosotros quisimos asociarnos, y ustedes los patronos echaron por tierra nuestra naciente organización. Nosotros nos organizábamos en católico. Tendríamos hoy seguramente 14 reales de jornal que unidos a la Cooperativa de consumo, al servicio médico y farmacéutico que la sociedad nos prestase y al seguro de enfermedad y paro, nos permitiría vivir; así sucediendo lo que sucedió, ocurre que los obreros cristianos, como yo, tenemos que huir del oficio que tuvimos durante nuestra vida para refugiarnos en otros que no nos abrumen tanto de miseria, y los obreros revolucionarios preparan todo para hacerles pagar muy cara a ustedes los patronos, en plazo muy próximo, su falta de instinto social. El tiempo le convencerá a usted de lo exactas que son mis palabras, así como ahora, le convencí de que no soy desagradecido.

—Entonces, Paco, ¿qué hemos de hacer los patronos para tener contentos a nuestros obreros?

—Cumplir rigurosamente sus deberes de justicia, aunque algunos, como usted, no sientan tanto los consejos de caridad.

JOSÉ MARTÍNEZ PEREIRO

Un fraile inventor

ROMA

Un sabio fraile Dominicó, apellidado Argentieri, residente en Aquila de los Abruzzos, ha inventado un sistema de recepción radiotelegráfica a un coste ínfimo.

Consiste el invento en un aparato especial, aplicable a un hilo flexible de los comunes de la luz eléctrica, y que permite recibir las comunicaciones radiotelegráficas de todas las distancias, sin antenas, ni bobinas, ni pilas.

El aparato es pequeníssimo; cualquiera puede construirlo y llevarlo en el bolsillo.

Argentieri ha logrado interceptar comunicaciones de la torre Eiffel (mil 170 kilómetros) y de Norddeich (1.600 kilómetros.)

El sabio Dominicó ha ofrecido su invento al Gobierno italiano.

Decididamente, los anticlericales de todos los colores o mienten mucho o no están bien enterados.

A todas horas nos están diciendo que los frailes representan el atasco y la incultura.

Y luego resulta que salimos a invento por día y a fraile por invento.

En estas columnas hemos registrado ya muchos de estos casos.

Correspondencia administrativa

Sr. D. P. S.—Zureda.—Pagó a fin Octubre 1915.

Sr. D. J. S. P.—P. de Allande.—Id. a fin Agosto 1914.

Sr. C. P.—La Magdalena.—Id. fin Septiembre 1915.

Sr. D. M. C.—La Paranza.—Id. fin 1915.

PAÑOS Y NOVEDADES
LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

FUNERARIA DE
Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA
BAJADA PUENTE DEL MAR, 1
VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDACION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de alero fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; plaza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc